

Fin y principio

ANA ROSA GÓMEZ MORAL
PERIODISTA

Es una paradoja punzante que, junto a las víctimas, sean los presos quienes más puedan sentir ahora la inutilidad de su actividad armada y el fruto amargo de sus vidas destrozadas por nada

Nada más anunciar el cese definitivo de su actividad armada, ETA y sus paladines dejaron flotando una pregunta sobre un libro con las hojas en blanco: ¿para qué ha servido todo esto? Y, por mucho adorno perifrástico que ese entorno quiera plasmar en sus páginas, lo único que podría resultar verdaderamente significativo para nuestra convivencia es que, al final del relato, brotara la respuesta más sencilla: para nada. Sería, entonces, cuando el relato de esa parte de la sociedad se podría abrazar con el principio del relato de la gran mayoría, que ya estaba, desde mucho tiempo atrás, en contra de la utilización de la violencia con fines políticos. Lo que para quienes han justificado la violencia debería ser la conclusión de su relato, para el resto era, ya, el principio.

Sin embargo y parafraseando un poema de Szymborska, antes de que alguien pueda mirar las nubes con una espiga en los labios mientras está tumbado sobre la hierba crecida que cubra causas y consecuencias, quedan muchos escombros para reciclar, innumerables desperfectos que recomponer y tremendas secuelas que rehabilitar. Por supuesto, hay efectos que ya son irreparables y el mayor de todos es el abismo que nos separa a los vivos de los muertos. Por mucho que nos empeñemos, todos los significados que podamos extraer de las pérdidas inútiles de vidas humanas ya sólo serán útiles para los vivos.

Entre los vivos están, también, quienes causaron los muertos. Y es una paradoja punzante que, junto a las víctimas, sean los presos quienes más puedan sentir ahora la inutilidad de su actividad armada y el fruto amargo de sus vidas destrozadas por nada. En este sentido, tal vez, la experiencia que más se ha parecido, hasta ahora, a esa página de encuentro entre los relatos de lo acontecido ha sido la denominada vía Nanclares. Un colectivo de presos que ha renunciado a la violencia y a toda su estrategia y víctimas del terrorismo se han reunido para constatar que el único resultado ha sido el destrozo baldío de vidas humanas, unas pérdidas o heridas para siempre y otras consumiéndose entre cuatro paredes con las alas de la

sí bastante ausente, a la hora de sentirse comprometida en la tarea de la reconciliación. El encuentro entre víctimas y victimarios puede dar la impresión de que ellos son los únicos que tienen algo que resolver y de que todo ha sido fruto casi de una cuestión personal, como si el ejercicio violento no hubiera constituido un ataque frontal a toda la sociedad y a sus reglas de convivencia.

Es cierto que, en los círculos concéntricos del dolor, las víctimas ocupan el lugar preponderante, puesto que han sufrido el impacto directo de la agresión y que, en los círculos concéntricos de la responsabilidad, son los miembros de ETA quienes se han situado en el núcleo principal. Pero no podemos olvidar que el ataque iba dirigido a enturbiar el agua de libertad de todo el estancamiento social y que ha producido también otra serie de sufrimientos y estragos. Asimismo, ha requerido y se ha alimentado del apoyo de una importante parte de la sociedad de cuyas garganta salía, hasta hace bien poco, el grito de «ETA, mátalos», que aún vibra en el aire que respiramos. Por eso, todos necesitamos también ese encuentro, ese cruce de miradas reconciliadoras o, al menos, correctas, entre quienes hemos visto amenazada nuestra condición de ciudadanos libres y quienes la

han atacado de forma despiadada.

Yo pido el acercamiento de los presos a sus lugares de residencia sin esperar nada a cambio. De hecho, es una reivindicación cuya autoría pertenece a Gesto por la Paz desde hace ya casi veinte años. Pero, independientemente de eso, pido también un reconocimiento colectivo del daño causado no sólo de los reclusos, sino también de todos sus acólitos, sin que esperen tampoco nada a cambio. Creo que sería la única proclamación que estaría a la altura del gran error que han dejado escrito para nuestra historia. Ya sé que han puesto el dique en no admitir la condena a toda su trayectoria pasada, pero, cuanto más tardan, más se agrandará una mentira que hoy sólo ellos se creen y que, con el tiempo, también irán abandonando paulatinamente. De la misma manera que, después de 50 años, ha llegado un día en el que han declarado el abandono de la violencia, también llegará otro día en el que no quedará nadie que pueda decir que ETA aportó algo a este país que no fuera muerte y destrucción. Esa es la última página que tendrán que escribir y ese es el principio de nuestro relato. Lo bueno es que, a partir de entonces, el resto de la historia transcurrirá por las páginas blancas de un libro común, pacífico y democrático.

ANTÓN

ASESORES DEL GOBIERNO
CELEBRANDO SU REUNIÓN SEMANAL...

La cosa está clara:
¡Aquí lo que sobran son pensionistas!

